

JEFES EN EL ESTRADO. Con gesto adusto las autoridades de la conferencia asisten a la reunión inaugural. De izquierda a derecha: John Tettegah, de Ghana; Youssef el-Sebai, de la República Arabe Unida, vicepresidente de la conferencia; Raúl Castro, Fidel Castro, el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós; Raúl Roa, ministro de Relaciones Exteriores; Pedro Medina Silva, de Venezuela; y Nguyen Van Tien, del Vietnam del Sur.

De La Habana: Ominosa Promesa De Violencia

1

Con una doblez digna de la fórmula equívoca de George Orwell, en 1984, Fidel Castro logró un final feliz para él y sus designios en la reciente Conferencia de los Pueblos de África, Asia y América Latina realizada en La Habana. En la reunión el líder cubano insultó a la China roja, cedió ante Moscú que preconiza la vía pacífica para extender el comunismo en la América Latina y, finalmente, como un taumaturgo, terminó abogando por las tácticas revolucionarias violentas al estilo de Mao, en una virtual declaración de guerra a la democracia latinoamericana.

Todo dio a la asamblea, que costó un millón de dólares diarios, las características de un gran espectáculo. Los 430 delegados, unos 30 observadores y 27 invitados de 60 países presenciaron no sólo reuniones públicas y desfiles militares, sino una pirotecnia verbal en las que todos parecían querer superarse. "Los pechos se hinchan —escribió un periodista mexicano—, las cejas se enarcan, los puños parecen esgrimir granadas." El delegado dominicano proclamó: "Haremos de la República Dominicana el Vietnam de América." Las resoluciones hablaban de "proporcionar ayuda financiera y material" a los insurrectos y de "combatir contra las oligarquías nativas". Como final de fiesta Fidel ofreció sus legiones "al movimiento revolucionario en cualquier lugar de la tierra".

Si la asamblea fue un triunfo de propaganda para Castro, constituyó también una advertencia para los países latinoamericanos azotados ya por el terrorismo. Tuvo gran repercusión en todo el continente, y el consejo de la OEA, convocado a petición del Perú y con la adhesión de otros países, escuchó acerbas censuras a la promesa cubano-soviética de intervención.

RUINAS Y LLAMAS. Ejemplo de la violencia que preconizan Castro y sus aliados, son estos actos de terrorismo cometidos en la ciudad de Guatemala. Arriba aparecen los restos de un garaje de la Agencia para el Desarrollo Internacional, de EE.UU., que los guerrilleros asaltaron e incendiaron la víspera de Año Nuevo. A la derecha, entre llamas que se alzan a gran altura, se ve un depósito de petróleo incendiado en marzo de 1965.



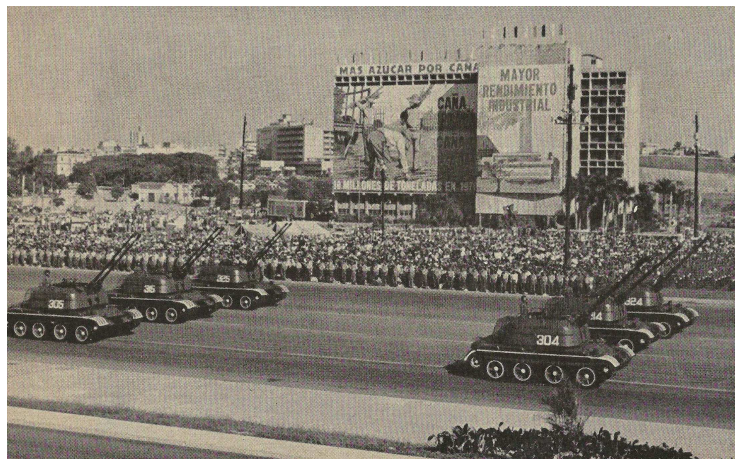
Entre la China Roja y Rusia, Castro Nutre su Egotría

por CARLOS CASTAÑEDA

Terminados los actos públicos, acalladas las voces, descolgadas las galas rojas con que Castro vistió a La Habana en ocasión de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, cabía preguntarse si tras la oratoria y las bravuconerías con que se anunciaba una ofensiva insurreccional no había más que un circo poliglota en el que los dos colosos comunistas trataban de dirimir sus disputas. Castro, que se había quejado en su discurso del retraso de la "hora de la liberación", censuró a rusos y chinos por la pérdida de tiempo y energía "entre los que teorizan, y los que critican a los que teorizan, y la vez se ponen a teorizar". El delegado argentino, el ducho peronista John William Cook, censuró los excesos de optimismo en una arenga revolucionaria y advirtió que "la internacional burguesa imperialista funciona mejor que la internacional obrera revolucionaria". Jenmin Jih Pao, órgano del Partido y principal diario de Pekín, destacó en su querrela con Moscú la realidad que se escondía tras el verbalismo habanero: "La verdad es que, a pesar de todos los llamamientos a la unidad de acción, los revisionistas al estilo de Khrushchev no tienen la intención de unirse a los pueblos de los países afroasiáticos y latinoamericanos para oponerse al imperialismo y les gustaría que esos pueblos renunciaran a sus conquistas..."

Las manifestaciones del jefe de la delegación soviética, Sharaf R. Rashidov, que es a la vez jefe del Partido Comunista de la Ucrania, justifican los cargos chinos. El Kremlin, en verdad, no parecía tener intenciones de echar leña a la hoguera revolucionaria, y tras belicosas arengas, el representante de la Unión Soviética sólo ofreció discretamente su "solidaridad" con los llamados movimientos de liberación nacional, como lo hizo Lenin hace 40 años, y rectificó su decisión de proporcionar más ayuda militar al Vietnam del Norte. La inserción de una resolución que apoya la "coexistencia pacífica" —impugnada únicamente por las delegaciones de la China roja, Corea del Norte, Vietnam del Norte y el Sur; por los partidos comunistas del Japón e Indonesia; por los Movimientos de Liberación del Perú y Venezuela y por el Movimiento Revolucionario Guatemalteco—reveló la mano soviética y la poca influencia china entre los rebeldes "tricontinentales".

OSTENTACION BELICA. No faltó en La Habana el consabido desfile militar, organizado para celebrar el séptimo aniversario del triunfo fidelista.



El espectáculo habanero se realizó a instancia de los rusos. Vista la penetración china en Asia y África, y los cismas que se suceden en los partidos comunistas de la América Latina, la nueva jerarquía soviética se decidió a empuñar de nuevo y con firmeza el pendón revolucionario. Situada a 180 Km. de los EE.UU., la isla de Cuba es un centro atractivo para la propaganda, y Castro un anfitrión con suficientes títulos para el cargo. En una reunión preliminar realizada en Ghana, en mayo, cuando China pretendía excluir a Rusia de la conferencia afroasiática de Argelia, fue donde se propuso convocar esta reunión de Cuba. Castro, sometido ya a los dictados de la Unión Soviética por razones económicas, en marzo de 1965 había enviado a su hermano Raúl a la conferencia de partidos comunistas en que se enjuició el "dogmatismo" chino.

Es obvio que el Kremlin no quiso correr riesgos. Algunos observadores británicos apuntan que, por su rigor, el llamado a la disciplina que llevó a La Habana, en octubre, al ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Gromyko, y luego a Raúl Castro a Moscú, no ha tenido precedentes. Por ejemplo, las delegaciones latinoamericanas, con contadas excepciones, excluyeron los partidos que se inclinan hacia Pekín y se procuró vetar la asistencia de los miembros de filiación china. Así, se admitió en representación de Guatemala a Luis A. Turcios Lima, de las Fuerzas Armadas Rebeldes, aliadas al Partido Guatemalteco del Trabajo (pro ruso), en lugar de Yon Sosa, del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, iniciador de las guerrillas, vinculado con los trotskistas mexicanos y considerado partidario de los chinos. Se escogió por Venezuela a una figura secundaria, Pedro Medina Silva, de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. La representación del Brasil se componía exclusivamente de pro soviéticos; y los jefes de las misiones de Colombia y Costa Rica también son partidarios de Moscú. No faltaron quejas por la distribución de invitaciones.

La fiesta tricontinental, que sufragó Cuba con rublos soviéticos, puso de manifiesto la profundidad del cisma comunista, pese a lo cual los principales protagonistas tuvieron razones para no estar del todo insatisfechos:

- ▶ La Unión Soviética cuenta con un organismo que puede servir de cámara de resonancia para su política en los tres continentes.
- ▶ La China roja logró evitar la disolución de la organización, que los rusos querían.
- ▶ Castro satisfizo su egolatría y mejoró su maltrecho prestigio en el llamado "tercer mundo".

Para el Kremlin, el aislamiento de China y una tregua en Vietnam tenían más importancia que la violencia revolucionaria con que permitieron condimentar el caldo habanero. La estrategia guerrillera no parece figurar ahora en los planes rusos. La táctica castrista implicaría volver a una política condenada en su día por Lenin y Stalin, como "putchista" y "aventurera". Khrushchev la descartó por inaceptable en la era atómica; aunque por unos meses, poco antes de la crisis de los cohetes, se permitió patrocinarla haciéndole así una concesión a Castro. A partir de entonces, la U.R.S.S. ha condenado el concepto de Mao Tsetung sobre las llamadas guerras de liberación nacional. Pyotr N. Demichev, uno de los 10 secretarios del Partido Comunista ruso, considerado como su vocero en asuntos ideológicos, impugnó en abril el supuesto dilema de escoger entre la coexistencia pacífica y las guerras de liberación, pues, según él, "la política de coexistencia pacífica no descarta la condena de la agresión y el apoyo a los pueblos que están luchando contra la dominación extranjera". Por su parte, el coronel Yevgeny Dolgoplov escribió en agosto del año pasado en Krasnaya Zvezda, publicación del Ministerio de Defensa de la U.R.S.S.: "Los comunistas no consideramos las guerras de liberación como la expresión universal de los movimientos de liberación nacional." En esa misma época la revista ideológica Kommunist y el diario Pravda de Moscú revivieron la tesis del "frente popular". En diciembre de 1965, la World Marxist Review, edición norte-

americana de la revista Problemas de la Paz y el Socialismo, de Praga, dedicó su edición a conmemorar el trigésimo aniversario del Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, en el que se aprobó la estrategia del "frente popular" que se considera vigente en nuestros días.

La Unión Soviética, además, parece haber aprendido la lección del enfrentamiento de octubre de 1962, en Cuba, con los EE.UU. Los bombardeos de Vietnam del Norte y el desembarco en la República Dominicana son pruebas demasiado recientes de la determinación de los EE.UU. de impedir la expansión comunista, para que el Kremlin se deje arrastrar por los revoltosos "tricontinentales". Por otra parte, los rusos sufren una crisis en la agricultura y la industria, como lo reconoció el primer ministro Alexis N. Kosygin al proclamar las drásticas reformas económicas del Plan Quinquenal de 1966-70 (Life en Español, 10 de enero de 1966). La cautela soviética, sin embargo, no significa una renuncia a sus planes de revolución mundial. La disputa con los chinos se refiere a los medios para lograrla, no a los fines.

Castro poco puede hacer, apresado en esta compleja maraña de la política comunista. Siempre se ha dicho que "su corazón está en Pekín y su estómago en Moscú". Ahora eso es más cierto que nunca. La incitación a la violencia se ajusta a su temperamento y psicología. Pero a pesar de sus ofrecimientos de "combatientes revolucionarios", que dio resonancia a su bravata y arrancó aplausos delirantes entre los rebeldes de La Habana, admitió en su discurso su propia impotencia: "Desgraciadamente—dijo—las fuerzas de Cuba son limitadas, pero en la medida de esas fuerzas ... y de la manera más decidida, a la vez que más adecuada a las circunstancias, presta y prestará a la Revolución su máximo apoyo."

La tibia brisa habanera se llevó las frases altisonantes, y rusos y chinos dirimen sus diferencias en otros planos. Castro ha concluido un espectáculo histriónico más. Ahora los delegados empiezan a retornar a sus respectivos países llenos de entusiasmo. Pese a las contradicciones de sus amos, los que vuelven lo hacen resueltos a sembrar la inquietud, a fomentar odios y explotar la miseria, pues, como dijeron, han emprendido una guerra "a muerte" contra la democracia de América.

ALGUNOS DE LOS DELEGADOS DE LA AMERICA LATINA



BRASIL. Ex dirigente de la Federación Nacional de Empleados de Banco y todavía influyente en el gremio, Aluizio Palhane Pedreira es, según el gobierno, afiliado comunista. En 1964 fue privado de sus derechos políticos



MEXICO. Heberto Castillo Martínez, brillante matemático, se impuso sobre los comunistas en el Movimiento de Liberación Nacional que preside. Considera un deber luchar por la autodeterminación de los pueblos.



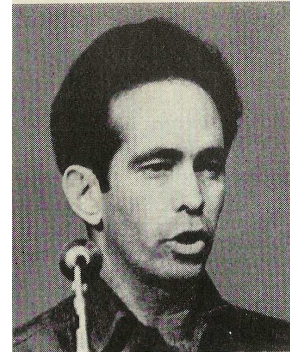
COLOMBIA. Abogado y gran orador, Diego Montaña Cuéllar es uno de los comunistas más destacados y de gran influencia entre los obreros del petróleo. Ha viajado por los países situados tras la Cortina de Hierro.



CHILE. Prominente figura política, Salvador Allende fue derrotado por Eduardo Frei en la última elección presidencial. Es nacionalista y marxista convencido, y dice que no está contra nadie sino en favor de Chile.



BOLIVIA. Mario Miranda, abogado y poeta que se dedica ahora a la política, encabeza el Frente de Liberación Nacional. Visitó a Cuba en 1963 y Rusia y la China roja en 1964, pero niega ser comunista.



CUBA. Ministro de Construcción de Cuba, Osmani Cienfuegos es hermano de Camilo, el popular líder que desapareció misteriosamente en 1959. Afiliado comunista desde ese año difundió la doctrina roja en el Ejército.



PERU. Roberto García Urrutias es un agitador activo y muy conocido desde sus días de estudiante universitario, en Huancayo, en 1962. Dos años después fue a Cuzco como jefe de una fuerza de choque comunista.



VENEZUELA. De escasa influencia en el comunismo y los grupos terroristas, Pedro Medina Silva, ex capitán de fragata, fue segundo jefe de la revuelta de Puerto Cabello en 1962. Condenado a 30 años, escapó de la cárcel.



GUATEMALA. Luis Augusto Turcios Lima es el jefe de las llamadas Fuerzas Armadas Rebeldes, movimiento de guerrilleros de filosofía parecida a la del Vietcong. Se ha impuesto a otro líder, Yon Sosa, partidario de Mao.